



HAL
open science

Vigilar convivialidades : la segregación socioterritorial desde la perspectiva del trabajo policial. Una investigación en el interior de la Francia actual

Eleonora Elguezabal

► **To cite this version:**

Eleonora Elguezabal. Vigilar convivialidades : la segregación socioterritorial desde la perspectiva del trabajo policial. Una investigación en el interior de la Francia actual. Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia, , pp.281-305, 2024. hal-04659882

HAL Id: hal-04659882

<https://hal.science/hal-04659882v1>

Submitted on 14 Oct 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Vigilar convivialidades: la segregación socioterritorial desde la perspectiva del trabajo policial

Una investigación en el interior de la Francia actual

Eleonora Elguezabal

El objeto de este capítulo es contribuir al análisis sistemático de las formas de relación social y de negociación de las posiciones sociales en contextos socialmente desiguales o culturalmente diversos, a partir de una investigación que aborda contextos por el momento poco explorados desde la perspectiva de los estudios sobre las formas de “convivialidad”: contextos rurales y periurbanos. En efecto, si en el trabajo de Gilroy (2004) y en los estudios que lo han retomado la “convivialidad” aparece situada en la ciudad, y más particularmente en la ciudad poscolonial, la propuesta del proyecto Mecila (2017) de sistematizar el análisis abre la puerta al examen de las formas de coexistencia en situación desigual o diversa en otros tipos de territorio.

El estudio de las formas de relación social fuera de las ciudades ha estado fuertemente marcado por la frontera entre subdisciplinas “urbanas” o “rurales”, ancladas en distinciones entre tradición y modernidad. Las perspectivas de la clase o interseccionales han quedado por ende relegadas en los estudios sobre los territorios

rurales o no metropolitanos en comparación con más investigaciones sobre las ciudades, si bien se observa una dinámica reciente en ese sentido (Elguezabal et al., en prensa).

En este capítulo proponemos identificar, por fuera de las ciudades, una serie “contextos de convivialidad”, en el sentido de tipos de estructuración social local (o de “espacios sociales localizados” según Laferté, 2014). Los contextos que aquí se analizan se sitúan en Francia y toman como patrón de referencia común las experiencias de un mismo grupo social y profesional que vive y trabaja en todo el territorio francés, que circula regularmente entre distintos territorios y que está ligado por pertenecer a una misma institución: se trata de los y las suboficiales de gendarmería,¹ que son quienes ejercen como policías en todo el territorio francés por fuera de las ciudades medianas y grandes. A partir de una investigación etnográfica con gendarmes en distintos territorios (ver recuadro 1), presentaremos aquí el abanico de “contextos de convivialidad” o “espacios sociales localizados” que los gendarmes distinguen en sus representaciones del territorio. No es lo mismo ser gendarme en una periferia industrial, en un pueblo alejado o en una zona balnearia; en cada uno de esos lugares, las experiencias de los gendarmes varían según las posiciones relativas que ocupan en los contextos locales, y según las características sociales de quienes son afectados allí.

En su investigación sobre los gendarmes de Argentina,² S. Frederic (2020) propone la categoría de “ambientes operacionales”

¹ Utilizaremos a partir de aquí el masculino plural tomando como norma la preponderancia de género (solo 16 % de suboficiales de gendarmería se declaran de género femenino).

² Quienes no tienen las mismas funciones que los gendarmes de Francia: ambas fuerzas son militares y estatales, pero la Gendarmería argentina tiene funciones de control de frontera, además de represión de manifestaciones y de patrullaje de poblaciones precarias, mientras que la Gendarmería francesa tiene funciones de policía judicial y administrativa en los territorios por fuera de las ciudades de más de 20 mil habitantes (Gendarmería departamental), de represión y vigilancia (Gendarmería móvil) y de protección de autoridades nacionales (Guardia republicana).

para analizar los efectos políticos e institucionales de la extensión del ámbito de competencia profesional de esa fuerza. L. Mucchielli y sus colaboradores proponen un análisis parecido cuando hacen una serie de “retratos” de ciertas zonas geográficas de Francia para estudiar la transformación del trabajo de la gendarmería según las evoluciones de la delincuencia (Mucchielli, 2007). Nuestra reflexión es aquí diferente: más que interrogarnos sobre la gendarmería a partir de los territorios que controla, se trata de analizar esos territorios a partir de la gendarmería, considerando que esa institución forma parte de la regulación social de los lugares. Nos proponemos, en síntesis, objetivar y analizar sistemáticamente las diferenciaciones que los gendarmes hacen de sus “destinos” para aportar al conocimiento de esos contextos no metropolitanos poco explorados por las ciencias sociales actuales.

Recuadro 1. De brigada en brigada

Este capítulo se apoya en el material de un trabajo de campo realizado entre 2014 y 2018 en Francia, que llevó a la autora a realizar un total de 123 jornadas de observación y a entrevistar a 46 gendarmes, entre los cuales 35 eran suboficiales (entrevistas biográficas) y 11 oficiales (entrevistas más informativas).³ Se trata de un trabajo de campo multisituado que se llevó a cabo en tres departamentos diferentes pertenecientes a dos regiones, en 9 brigadas distintas pertenecientes a 4 “compañías” de gendarmería (en algunas con presencia regular, en otras más puntual). El carácter multisituado obedece a la vez al interés por variar los contextos y por las trabas jerárquicas que surgieron en algunos casos y que condujeron a cambiar de sitio. Las cuatro compañías se sitúan: en una zona que comprende espacios rurales y periurbanos cercanos a una ciudad mediana, capital regional; en una zona periurbana residencial e industrial de una gran ciudad, capital departamental; en una zona balnearia; en una zona rural, con cabecera en un pueblo con actividad industrial, comercial y de servicios.

³ Además de una serie de entrevistas con civiles (responsables locales de la seguridad y “vecinos vigilantes”).

De gendarmes y brigadas: características sociales de los suboficiales de gendarmería y territorialidad de la institución

En Francia hay alrededor de 77 mil suboficiales de gendarmería (DGGN, 2012) de los cuales la mayoría pertenece al cuerpo de Gendarmería departamental, que es la encargada de la policía judicial y administrativa, así como de la colecta de material de inteligencia, en la zona bajo competencia de la institución en materia de seguridad pública, es decir en la totalidad del territorio salvo las aglomeraciones de más de 20 mil habitantes. En efecto en Francia la policía estatal tiene una división territorial basada en la distinción entre espacios urbanos y espacios rurales: las ciudades de más de 20 mil habitantes son vigiladas por la Policía nacional, y el resto del territorio por la Gendarmería nacional; a eso se le superpone en algunos casos policías municipales, con otras competencias. Los gendarmes, a diferencia de los policías, son militares.

La Gendarmería cubre entonces el 95 % del territorio y el 50 % de la población del país. En materia de policía judicial y administrativa, la Gendarmería departamental está dividida en regiones, subdivididas a su vez en “grupos” (que corresponden a los departamentos), subdivididos luego en “compañías”, subdivididas finalmente en brigadas autónomas o “comunidades de brigadas” (COB). Los suboficiales trabajan en las brigadas territoriales o en unidades especializadas y están obligados a rotar dentro de una misma región cada vez que suben en grado. Cambian a veces también de región, sobre todo cuando cambian de cuerpo o por permutación voluntaria. La institución alienta las movilidades geográficas como una manera de “gobernar la tropa” (Houte, 2011), es decir como una manera de ejercer poder sobre el personal, para evitar que los lazos con la población local perturben su obediencia a la institución. El riesgo es importante para la gendarmería ya que el trabajo de los suboficiales consiste en vigilar y ejercer las tareas de

policía a través de la cercanía, integrando las comunidades locales, compartiendo con ellas los lugares de vida. Los gendarmes están obligados a vivir en sus lugares de trabajo, por lo general en los cuarteles que les son destinados.

La movilidad, y el desarraigo que va ligado a ella, es una de las características de este grupo profesional. Entre los casi 77 mil suboficiales, por año son transferidos unos 11 mil (DGGN, 2012), lo que representa más del 14 %. Una variable del censo indica que el 66 % de los suboficiales inferiores vive en una región distinta de la región donde nació, cuando es el caso solo del 25 % de la población activa; además, solo el 20 % vive en el departamento de nacimiento, cuando es el caso del 43 % de la población activa.

Los suboficiales de gendarmería pertenecen en Francia a la clase media-baja, en una posición similar a la de los bomberos (Pudal, 2011). Son también, como ellos, mayoritariamente (86 %) hombres, 100 % franceses (la parte de inmigrantes es marginal, mientras que es del 9 % en la población total) y mayoritariamente blancos. Sus orígenes son principalmente populares (el 60 % de sus padres y el 50 % de sus madres eran obreros o empleadas), es decir que experimentan un ligero ascenso social. Los gendarmes hicieron un poco más de estudios que la media (50 % son bachilleres, versus 18 % de la población total, y el 25 % hizo dos años de facultad, contra el 14 % de la población total), lo que en parte puede explicarse por su edad y generación (tienen entre 25 y 55 años). No tenemos todavía datos estadísticos para verificarlo, pero pareciera que una mayoría es oriunda de zonas rurales, pocos vienen de ciudades medianas o grandes.

Los suboficiales integran la institución sea por concurso externo, sea por concurso interno si antes fueron gendarmes contratados. Luego siguen una formación de un año, al final de la cual son afectados a alguno de los tres cuerpos de gendarmería (Gendarmería departamental, Gendarmería móvil, Guardia republicana) y a una zona geográfica. Los suboficiales de gendarmería departamental trabajan en su gran mayoría en las brigadas territoriales que

cubren el territorio bajo competencia de la institución, donde realizan un trabajo de policía judicial y administrativa polivalente. La red de brigadas es extensa y cubre territorios socialmente disímiles (ver mapas). Las brigadas tienen un mínimo de 6 gendarmes y se sitúan en cada cabeza de “cantón”, si bien durante las últimas décadas las brigadas situadas en cantones con poca población y actividad fueron cerradas, siguiendo directivas de reducción del gasto público. ¿Cómo se representan y cómo experimentan entonces los gendarmes los distintos territorios que vigilan, en los que deben no solo trabajar, sino también vivir?

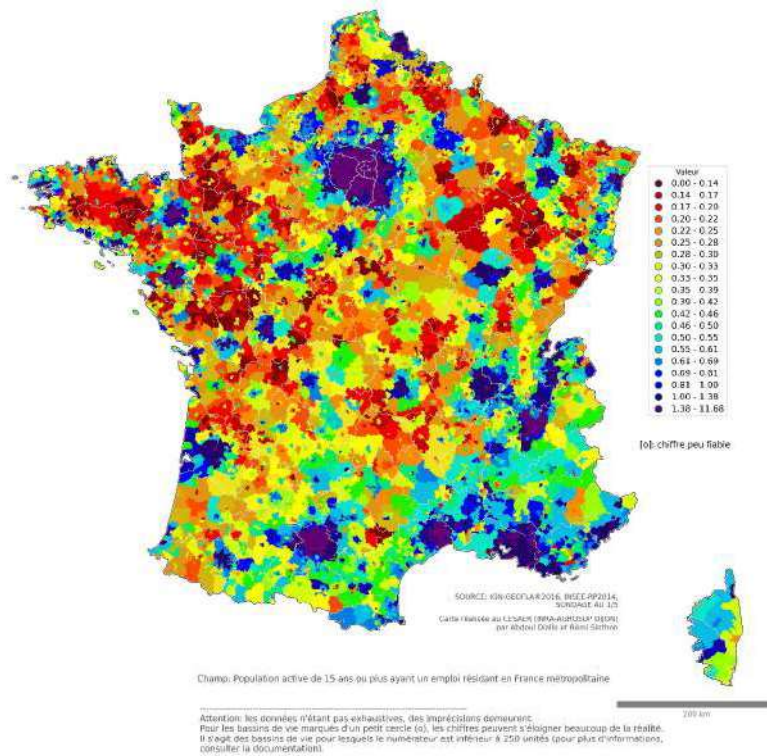
Mapa 1. Localización de las brigadas de gendarmería en Francia metropolitana, 2012



Fuente: data.gouv.fr (2012).

Mapa 2. Tasa de ejecutivos y profesiones intelectuales superiores sobre obreros entre la población empleada, por zonas de vida, en Francia metropolitana, 2014

Quotient entre nombre de cadres et professions intellectuelles supérieures et nombre d'ouvriers, chez les actifs ayant un emploi, dans les bassins de vie et leurs villes-centres en 2014



Fuente: <https://cartes.cesaer.inra.fr>

Heredar de la colonialidad en los territorios ultramarinos

Al momento de graduarse de la escuela de suboficiales, los flamantes gendarmes son reunidos en un anfiteatro donde, por orden de mérito, se les ofrece escoger su primer destino entre los

puestos disponibles. La información sobre estos puestos es poco detallada, solo por cuerpo y por localización a gran escala. Si a la Gendarmería departamental (GD) se puede acceder en cualquier momento de la carrera, no es así en Gendarmería móvil (GM), a la que solo se puede acceder al ingresar a la institución; la permanencia en este cuerpo es por lo general por unos 6 u 8 años, para luego pasar a la GD. La elección de ingresar a la carrera de gendarme pasando por la GM o integrando directamente la GD es socialmente significativa: si los territorios disponibles y la situación marital del ingresante cuentan, también importa la trayectoria social del ingresante. En efecto, se pueden observar dos polos en el espacio social de los suboficiales de gendarmería: uno más diplomado, cultural, y de orígenes un poco más elevados –también más femenino, en parte seguramente por la sobrecalificación de las mujeres gendarmes, que son minoría a pesar de la apertura legal–, que tiende a privilegiar una integración directa en la GD con miras al trabajo de investigación judicial; y un polo, mayoritario, de *ethos* más viril y popular, que privilegia el paso por la GM (Elguezabal, 2020).

Los gendarmes móviles realizan refuerzos de patrullas, vigilancias estáticas y tareas de represión y de “mantenimiento del orden”: la distancia entre su lugar de residencia (en cuarteles situados en grandes ciudades) y los lugares de intervención intenta asegurar la obediencia de las tropas hacia la institución y no hacia el público reprimido. Lo que los gendarmes subrayan como atractivo de estos puestos no es el contenido represivo del trabajo, sino las condiciones en que lo realizan: además de contar con bonificaciones, los gendarmes móviles “viajan”, y lo hacen entre pares, en un ambiente “fraternal”, juvenil y masculino. Así describía Étienne⁴ (suboficial de grado superior, 37 años, bachiller, casado con una enfermera, padre de dos hijos chicos, oriundo de un barrio de

⁴ Los nombres de personas y de lugares han sido modificados para garantizar el anonimato del campo de estudio.

vivienda social de una ciudad mediana, de una familia de *empleados públicos subalternes*) su paso feliz por la GM:

Nos íbamos casi todos los años unos 3 meses al extranjero [sic.]. Así que estuve en Mayotte, en Guyana francesa, también estuve en Costa de marfil cuando fue el quilombo... Íbamos a lugares bastante jodidos. ¡Era el paraíso la Gendarmería móvil para mí! ¡Estaba bárbaro!

¿Y qué es lo que más te gustaba?

¡Viajar! Y estar con mis amigos... Estás con tus amigos, te vas de joda... Trabajás, claro, pero te la pasás de joda... ¡Hay mucha cohesión, éramos como hermanos! ¡En ningún otro lado se crean lazos tan fuertes como en la Gendarmería móvil!

Étienne habla de viajar “al extranjero”, pero la mayoría de esos “viajes” son a los departamentos y territorios franceses de ultramar, es decir a antiguas colonias que no se independizaron. Estas experiencias son descritas por los gendarmes que las vivieron tan exóticas como inolvidables, y como un lujo, ya que se trata de destinos turísticos de las clases superiores, inalcanzables para las clases populares de las que mayormente provienen. Eric (suboficial inferior de cuarenta y pico de años, de origen obrero y rural, casado con una asistente maternal, con varios hijos) me decía justamente sobre su paso por la GM: “La Guyana, Guadalupe, Nueva Caledonia, todo el mundo no lo puede conocer en su vida, y a mí [la GM] me lo permitió. ¡Son viajes que son excepcionales!”. En estas experiencias poscoloniales vividas de manera positiva, como “viajes” a un mundo exótico, como “descubrimientos del mundo” reservados a quienes tienen recursos, como “aventuras” colectivas de hombres jóvenes que comienzan allí a ejercer el monopolio de la fuerza pública, vemos una estructura poscolonial en la que los gendarmes móviles se ubican del lado dominante.

Ahora bien, lo atractivo es ir a los territorios de ultramar en un escuadrón móvil de gendarmería, entre compañeros y por tiempo limitado: por el contrario, los puestos en la brigada territorial

en los territorios de ultramar son poco atractivos y la institución tiene dificultades para cubrir esos puestos. En efecto, no son los territorios de ultramar en sí mismos los que atraen o repelen a los gendarmes, sino el tipo de posición ocupada en esos lugares. Esto es porque la posición social que ocupa localmente y experimenta un gendarme en una brigada territorial o en un escuadrón de GM no es la misma. En un escuadrón, los gendarmes van con sus compañeros en una reclusión masculina y “metropolitana”, por un tiempo limitado (que no implica adoptar un modo de vida local o depender de los servicios locales) y para ejercer una vigilancia policial represiva, de mantenimiento del orden: perpetuando el “legado colonial” (Blanchard, 2018) y dominando sobre las poblaciones locales. En cambio, la integración en una brigada territorial aparece no solo como una experiencia expuesta a sufrimientos de condiciones de vida más duras y de servicios degradados en comparación con la vida en Francia continental, sino también como un “aislamiento” y como una asimilación social a los gendarmes locales, generalmente racializados, algunos de ellos mujeres, y como una asimilación a las poblaciones locales para ofrecerles un servicio de seguridad –los que, si retomamos los análisis de E. Blanchard (2018) y de F. Jobard (2022) en relación a la policía de proximidad en zonas “sensibles”, constituirían elementos de superación del legado colonial. Pero el rechazo y la devaluación de estos encargos subrayan, por el contrario, la dificultad de esta “superación”.

Pagar el derecho de piso en zonas “sensibles”

Las zonas urbanas “prioritarias” o “sensibles” en Francia son barrios identificados oficialmente como problemáticos en el plano social, objeto desde los años 1980 de políticas públicas estatales, territorializadas, tendientes a mejorar sus índices de escolaridad, de empleo y de “cohesión social”, entre ellos en términos de

ilegalismos. Es en un barrio de estas características, en la región parisina, que D. Fassin hizo su trabajo de campo en una brigada antidisturbios de la Policía nacional, que lo llevó a describir la “situación” entre los policías y la población como “poscolonial”, subrayando el registro bélico según el cual la policía ejerce una forma de dominación violenta y teñida de racismo sobre una población en buena parte de origen inmigrante (Fassin, 2016). La gran mayoría de estas zonas se encuentran en territorios urbanos bajo jurisdicción de la Policía, pero algunos se encuentran en zonas periurbanas dependientes de la Gendarmería.

Esas zonas son muy poco atractivas para los gendarmes. Allí los gendarmes rotan con frecuencia, dificultando las relaciones de proximidad y servicio con la población local. Muchos son por ende nuevos reclutas, jóvenes, que esperan poder partir rápidamente a destinos más agradables, considerando haber ya hecho un sacrificio para la institución y, al mismo tiempo, haberse aguerrido en un destino conflictivo. También encontramos allí gendarmes de mayor rango que han aceptado el puesto por razones familiares, algunos por fuerza mayor, otros para poder eludir la norma de la movilidad y así poder hacer carrera sin tener que cambiar de destino y perjudicar por eso a su familia.

Neuville es uno de estos territorios “prioritarios”: se trata de un municipio industrial de las afueras de una gran ciudad, con un centro con numerosos edificios de vivienda social y una población de 12 mil habitantes, principalmente de los sectores populares, con más jóvenes, inmigrantes y desempleados que la media; una población considerada problemática en términos de delincuencia por la gendarmería, que les demanda mucho trabajo, de forma tal que los gendarmes de la brigada se sienten con frecuencia desbordados. Si bien cuentan con refuerzos de patrullas (de gendarmes móviles o de reservistas), los efectivos son menores que los reclamados por el comandante local –en parte seguramente por la mala reputación de la brigada. Con respecto a los otros territorios observados, una nota singular, además de la falta de personal y de su alta rotación,

es la presencia de una minoría significativa de gendarmes racializados. En efecto, encontré allí dos magrebíes (uno reivindicado como tal, el otro, más joven, que hacía ostensibles esfuerzos de blanquización), un “chino” y un “tahitiano” (tal cual me fueron descritos por sus colegas de mayor rango en la brigada): como si hubiese habido una adaptación del personal a la racialización de la población local –sea como estrategia de aproximación, sea como efecto de segregación social entre brigadas.

La racialización de la población local tomaba diferentes formas entre los gendarmes. El hecho de que entre los gendarmes de mayor rango de la brigada esa racialización tomase la forma de una identificación entre delincuentes y minorías raciales aproxima el caso a los análisis de D. Fassin. En ese sentido, cabe señalar que uno de los gendarmes que más explícitamente identificaba en sus discursos los delincuentes con minorías raciales era un gendarme con ascendencia militar colonial, que tenía una inscripción local de larga data por haber privilegiado quedarse en el lugar por razones familiares: pareciera ser que por su socialización primaria en una vieja colonia francesa y en una familia militar, este gendarme contaba con disposiciones que se revelan así particularmente aptas para asumir la poscolonialidad de su puesto y permitir una inserción a largo plazo. Frente al carácter conflictivo con la población local y a su racialización, entre los otros gendarmes blancos encontré sobre todo discursos de cansancio, de impotencia o fatalismo, de complicidad más que de convicción activa con discursos de índole racista; observé silencios y también algunas estrategias de evitamiento del conflicto y la confrontación –como el caso de aquel viejo gendarme de la brigada, de rango medio, que evitaba patrullar por el centro de Neuville, donde están los conjuntos de vivienda social, y privilegiaba los barrios residenciales más alejados, la visita a los comerciantes locales, y a veces hasta salía de su jurisdicción para patrullar por zonas residenciales contiguas. Muchos eran los que esperaban con ansias poder irse cuanto antes de esta configuración conflictiva. En cuanto a los gendarmes

racializados,⁵ la movilización de las categorías raciales era particular: en ciertos casos predominaba el evitamiento o la distancia, en algún caso la racialización era movilizada de manera positiva (retornando el estigma), y en un caso un gendarme me compartió una queja por discriminación racial atribuida a la jerarquía y a colegas.

En el paraíso de la burguesía global

Al igual que el conjunto de empleades del Estado (Blum et al., 1985), los gendarmes consideran el sur de Francia como un destino atractivo, privilegiado no solo por gendarmes oriundos de allí sino también provenientes de otras regiones. Si las cualidades climáticas y paisajísticas de la zona son ampliamente compartidas, tal atractivo no deja de ser socialmente situado y construido: las actividades recreativas (sobre todo deportivas: náuticas y de montaña) propias de las clases medias-superiores, y en particular de las fracciones económicas, a los que las gendarmes se refieren para justificar su atractivo, reflejan su “buena voluntad cultural” (Bourdieu, 1979)

Los puestos en estas zonas atractivas son por ende más competitivos, donde la selección opera sea al momento de la formación, sea luego, por evaluación jerárquica. En la brigada territorial de una comuna rica de la Costa Azul donde estuve, que llamaré aquí Cap Bleu, encontré así un grupo de jóvenes gendarmes particularmente bien evaluados en la escuela de suboficiales. Tanto entre ellos como entre gendarmes de mayor antigüedad y grado, la obtención de ese destino es vivida como un privilegio: para los gendarmes provenientes de las clases populares materializa la experiencia de vivir un leve ascenso social; para aquellos de orígenes medios, como un éxito en la huida de un desclasamiento social;

⁵ Para un análisis sobre el “racismo” en las instituciones militares y policiales de Francia a partir del caso del personal descendiente de inmigrantes, ver Geisser (2017).

para gendarmes próximos a jubilarse, como un reconocimiento por el esfuerzo y el desempeño. Se trata además de un destino valorado en la medida en que, como es muy codiciado entre suboficiales, ofrece mayores posibilidades en la plataforma de permuta de puestos.

Para gendarmes que han crecido o vivido en zonas pobres, en crisis o tensas, Cap Bleu se presenta como un lugar de ensueño. El joven gendarme Jérémy, durante los meses que frecuenté la brigada, repetía las muestras de felicidad de estar allí, como si no creyera todavía que fuese posible: admiraba los regalos de Navidad que recibía su esposa kinesioterapeuta de parte de sus clientes de la zona, contaba cómo sus amigos gendarmes que habían obtenido otros destinos alababan su departamento con vista al mar, se hacía ilusión observando el decorado, el entorno y el menú del restaurant sobre el mar al que había tenido que concurrir luego de un robo, esperaba con ansias una orden de sushi que un negocio le hacía llegar como reconocimiento por su atención en un caso de fraude... Para otros que no comparten esas trayectorias, sin embargo, la apreciación de Cap Bleu como lugar de trabajo puede ser negativa en la medida en que los gendarmes ocupan una posición muy subalterna con respecto a las autoridades locales y a los grupos que “dan el tono” al lugar. Críticas sobre actitudes irrespetuosas o exigencias de trato privilegiado las escuché sobre todo de parte de los oficiales que dirigían la COB y la compañía; de parte de suboficiales observé más bien bromas hechas entre pares sobre los residentes (sobre prácticas sexuales en particular), cuyo tono risueño recuerda la tensión entre proximidad y distancia social propias de las *joking relationships* (Radcliffe-Brown, 1940).

Paradójicamente, sin embargo, cuando uno acompaña a los gendarmes de la brigada de Cap Bleu ve poco a la élite global que caracteriza a la población local. De hecho, durante mis 19 días de observación en Cap Bleu, no asistí a ninguna interacción larga con “ricos” o “millonarios”. Sí asistí a interacciones largas con empleados doméstiques que fueron a la brigada en representación de sus

patrones, para hacer alguna denuncia, trámite u ofrecer algún presente navideño. Sí asistí también a numerosas conversaciones e interacciones de diverso tipo con comerciantes o empleades que trabajan, y a veces viven, en el lugar, con algunas personas que estaban de vacaciones, y con un puñado de residentes franceses de clase alta que fueron a hacer un poder para las elecciones. Pero la relación común de los gendarmes con los “ricos” y “millonarios” de los que hablan parece tener más bien forma de distancia y evitamiento que de tensión, subordinación directa o complicidad. Así, cuando con Jérémy y Hervé (un antiguo gendarme de la brigada, de grado intermedio) fuimos a ver un auto abandonado en un club de tenis, no hubo ningún saludo con quienes estaban allí jugando o pasando el rato. La distancia entre los gendarmes y los “ricos” del lugar es tal que, al final de mi primera estadía en Cap Bleu, nunca había visto de cerca las mansiones, ya que siempre había andado en patrulla por las grandes rutas o las zonas de servicio. No es con los “ricos” sino con los comerciantes con quienes los suboficiales mantienen vínculo en la Costa Azul y a quienes “conocer” es valorado a nivel profesional.

Brigadas de la “miseria social”

A distancia de la Costa Azul, los gendarmes también ejercen en antiguos territorios rurales obreros, desindustrializados. Estos territorios han constituido un *locus* privilegiado de renovación de la “sociología rural” francesa, criticada por su construcción sobre la dicotomía tradición/modernidad, su focalización sobre el campesinado, su desestimación del análisis de las relaciones de clase, volviéndose así un *locus* fundacional de la “sociología de los mundos rurales” floreciente desde los años 2000 (Mischi y Renahy, 2008). Si las investigaciones de enfoque etnográfico realizadas en esos sitios han contribuido a la sociología de las clases populares atendiendo a las experiencias y condiciones de vida de los residentes desde

una perspectiva comprensiva, la investigación en la gendarmería echa luz sobre las operaciones de descalificación del que son objeto esos territorios y sus residentes por parte de las instituciones de gobierno.

Oficiales y suboficiales comparten la idea según la cual en estos territorios, debido al desempleo, la precariedad, la pobreza, prevalecerían una serie de problemáticas que darían un tono “social” a su trabajo. “Falta de pago de las cuotas alimentarias, no presentación de los hijos o de los padres al momento de las visitas, droga, suicidios”: así me describían su trabajo los gendarmes de la brigada de Villiers. Mientras que el oficial al mando de la compañía de la que depende se refería a esa brigada como una zona caracterizada por la “miseria social”, expresando una preocupación empática con tonos condescendientes, entre suboficiales es recurrente el uso de una categoría más jergal para describir esa población: la categoría de “*cassos*”, abreviatura de “*cas sociaux*” (“casos sociales”). Esta categoría es utilizada para referirse a las personas cuya relación con la gendarmería remitiría a problemas de índole “social” y que deberían ser tratadas por servicios sociales, constituyendo para los gendarmes un “trabajo sucio” (Hughes, 1971) por alejarse del ideal del “delincuente” como objetivo noble de atrapar. Se trata de una categoría de “desprecio de clase” (Renahy y Sorignet, 2020) cuyo uso remite a una situación de fragilidad estructural, de apreciación de un riesgo de desclasamiento de los gendarmes, del que se trata así de tomar distancia. En efecto, para buena parte de los suboficiales de gendarmería, los *cassos* implican no solo un “trabajo sucio” sino también, por el hecho de tener que vivir en los destinos donde son enviados, socialmente segregados, una degradación de sus condiciones de vida.

Ese sentimiento de riesgo de desclasamiento no es evidentemente compartido por todos los suboficiales que trabajan en estos territorios. Encontramos suboficiales oriundos de este tipo de lugares y de familias populares que, a través de su integración como suboficiales en la gendarmería, pudieron realizar un ascenso

social siguiendo un modelo de respetabilidad masculina popular (Coquard, 2019). Es el caso justamente del jefe de brigada de Villiers: hijo de un obrero y de una ama de casa del departamento contiguo, Sylvain ingresó en la gendarmería luego de su servicio militar, cuando no era necesario tener el bachillerato, y logró hacer toda su carrera (después de un puñado de años en la GM) en brigadas cercanas no solo a su familia sino también unas de otras, lo que le permitió comprarse una casa por la zona. Su ascenso social se observa también en el devenir de sus hijos, entre los cuales el mayor estudia medicina en la capital regional. Sylvain se muestra muy a gusto en Villiers, donde mantiene una sociabilidad intensa con las personalidades locales (intendentes, empleados públicos, comerciantes). Al carácter “social” del trabajo en su brigada, Sylvain lo describe sin quejarse: si de los *cassos* proviene, su trayectoria y su puesto de jefe de la brigada son prueba de la distancia que lo separa de ellos.

Las brigadas rurales, entre evitamiento y mistificación

En la historia de la policía francesa, la gendarmería (heredera posrevolucionaria de la *maréchaussée* medieval) es la fuerza policial del Estado, con estatus militar y presente en todo el territorio, mientras que la policía nace como fuerza municipal, urbana y civil en el siglo XVII. Con el crecimiento de las ciudades y la profesionalización de la policía urbana (en particular de París), el siglo XX presenció la estatización progresiva de las policías de las ciudades que llevó a mediados de siglo a la creación de un sistema bipolicial nacional basado en una distinción territorial entre espacios urbanos y rurales: las ciudades son desde entonces custodiadas por la Policía nacional, mientras que el resto del territorio lo es por la Gendarmería (Milliot et al., 2020). Esta distinción territorial urbano/rural funda una distinción de funcionamiento entre las dos fuerzas: mientras que la policía urbana y civil ejerce un trabajo de

control y de investigación basado en la especialización de tareas e identificación a distancia de la población, la gendarmería rural y militar ejerce un trabajo de vigilancia e investigación basado en la polivalencia, la inmersión local y el conocimiento personal de la población (Mouhanna, 2011).

Desde inicios del siglo XXI, este sistema bipolicial ha sido cuestionado desde dos perspectivas, articuladas entre sí. Por un lado, por los suboficiales de gendarmería, que han planteado quejas con respecto a sus condiciones de trabajo y de vida ligadas a su régimen de excepción con respecto al derecho laboral debido a su estatus militar: los gendarmes tienen la obligación de estar disponibles “todo el tiempo” en su lugar de trabajo y de vivir en los cuarteles que les son asignados (Mattely, 2006). A raíz de una serie de movilizaciones, los gendarmes fueron ganando derechos (mayor tiempo de reposo y reconocimiento de sus familias). Por otro lado, el cuestionamiento del sistema bipolicial nacional vino por parte de las directivas gerenciales de reducción de costos de la función pública, que señalaron los costos elevados de mantener brigadas de gendarmería de baja actividad, por lo general en zonas rurales de baja densidad. Esto puso en marcha un proceso de concentración y cierre parcial o total de brigadas, a imagen del resto de las administraciones y los servicios públicos, que implicó un deterioro en su accesibilidad por parte de la población: mientras que en 1980 el 10 % de las casi 35 mil comunas francesas contaba con una brigada de gendarmería, la tasa pasó al 8,6 % en 2017 (Barczak y Hilal, 2017).

Para los suboficiales de gendarmería, las “pequeñas brigadas rurales” son sin embargo un tópico de referencia de la profesión. La relación con estos lugares es paradójica. Se trata de destinos a los que pocos aceptan gustosos ir, al punto de funcionar como destinos de castigo, al ser identificados por la jerarquía como destinos con “riesgo psicosocial”, y de ser objeto de burlas por parte de ciertos suboficiales, sobre todo observadas entre jóvenes que trabajan en destinos más conectados con los centros urbanos. Pero,

para otros gendarmes, las “pequeñas brigadas rurales” son consideradas como la esencia misma del trabajo de la gendarmería y los discursos sobre ellas toman tonos mistificadores. En esos discursos se resalta el prestigio que los gendarmes habrían tenido, en el pasado, en los pueblos del interior, como representantes del Estado y de las instituciones. Son discursos que se muestran críticos de la evolución tanto de la gendarmería como de la sociedad en su conjunto, sobre la falta de respeto a las instituciones y a sus representantes por parte de los individuos y sobre la falta de consideración de los gendarmes por parte de la jerarquía en la atribución de recursos y el reconocimiento de derechos. Se trata de discursos de tinte político, críticos con respecto a las directivas de reducción de gastos, que se distinguen de la apreciación y estrategia personal de quienes los sostienen: por ejemplo Hervé, un suboficial superior de unos cuarenta y pico de años, critica (no solo frente a mí sino en las escenas colectivas de su brigada) el cierre de brigadas rurales, a las que ve como una desnaturalización de la profesión y un efecto de la falta de recursos atribuidos, pero no quiere volver a trabajar en uno de esos destinos por ser muy duro para su esposa y sus hijos en términos de empleo, de sociabilidad y de educación.

Periurbanos residenciales

Entre las zonas rurales aisladas y las zonas periurbanas residenciales de las clases medias, la apreciación parece estar invertida. Las primeras son construidas como el origen mítico y la tradición de la profesión, como el lugar donde el gendarme en representación del Estado era considerado una figura central, donde su sacrificio rimaba con reconocimiento y respeto; las zonas periurbanas, al contrario, son consideradas recientes y modernas, propias a las nuevas generaciones, más acordes con los modos de vida actuales ligados al consumo, a la extensión de los estudios de los hijos y a la actividad profesional de las parejas de los gendarmes, más

accesibles en los centros urbanos. Por eso, mientras que las brigadas en zonas rurales aisladas son poco atractivas para el personal, las zonas periurbanas son menos proclives a tener problemas de falta de personal si un puesto les fue acordado y tienen la posibilidad de ejercer cierta selección sobre el personal afectado.

Además de la cercanía a la ciudad, las características socioeconómicas de los territorios cuentan en la apreciación que hacen los gendarmes de los destinos. Si los territorios periurbanos populares como los analizados anteriormente son valorados por su cercanía a la ciudad, pero desclasados por su carácter popular y minoritario en términos étnico-raciales, en el caso de las zonas periurbanas residenciales medias la apreciación es globalmente positiva tanto en términos de espacio de vida como en términos de ejercicio de la actividad. En estos territorios, a diferencia de los periurbanos populares, se considera que los delincuentes vienen de afuera: el delito principal en términos de prioridades es allí el robo de casas y los gendarmes sospechan de delincuentes itinerantes provenientes de otras zonas (especialmente “gitanos”), o de grupos provenientes de los suburbios o barrios populares de la ciudad capital (también por lo general identificados a través de categorías étnico-raciales, en especial “magrebíes”).

Es por esta identificación de la delincuencia como propia de grupos externos a la comunidad local que en estos territorios se ponen en práctica dispositivos participativos de vigilancia (llamados comúnmente “vecinos vigilantes”, si bien su nombre oficial es “participación ciudadana”), destinados a facilitar los llamados por parte de los vecinos en caso de sospecha de robos de casas y la colecta de indicios para encontrar a los sospechosos (Elguezabal, 2021). Son dispositivos que se basan en una frontera que separaría los “vecinos” de gente proveniente del exterior, que el dispositivo apunta como sospechosa para legitimar la llamada de los vecinos si observan gente desconocida “merodeando”, y que entran en resonancia con otras formas de privatización o “clubización” (Charmes, 2009)

de este tipo de espacios residenciales periurbanos por parte de las clases medias que los habitan.

Esta relación privilegiada de la gendarmería de zonas periurbanas residenciales en términos de servicio a la comunidad puede seguramente explicar la alta tasa de feminización de la brigada de Pirnay, donde realicé gran parte de mi trabajo de campo: entre 3 y 4 mujeres sobre un total de 13 (es decir más del 20 %, cuando a nivel nacional la tasa de mujeres suboficiales es del 16 %). Pensamos que esa alta tasa de feminización puede ser un indicio de la operatividad de una asociación entre el servicio como tarea femenina y la represión y autoridad como tareas masculinas, operativa no solo dentro de la gendarmería sino también de la municipalidad de Pirnay, que miraba con malos ojos la progresión de feminización de la brigada local, como si significara un riesgo de pérdida de control o de autoridad.

Es también por la posición de servicio con respecto a la comunidad, y por la feminización de la brigada que aparece ligada a ella, que Hervé expresaba críticas con respecto al trabajo de gendarme en Pirnay. Un puesto por cierto más conveniente para su familia (su mujer, empleada en el hipermercado local, y sus hijos en edad escolar), pero degradado en cuanto al estatus del gendarme como autoridad local, en comparación con la figura mítica del gendarme rural:

Acá hasta un pibito de ocho años vino a insultarme: “¡cocoricó, gallina sucia!”, vino y me dijo “Acá no es... rural”. Las relaciones son completamente diferentes en un medio rural y en un medio [periurbano]. La gente nos ve de modo distinto. Allá [en su primera brigada, en zona rural] no nos llamaban por cualquier cosa, y la gente sabía que un gendarme representaba algo. ¡Acá no representa nada! Para ellos somos simplemente la administración que está abierta los fines de semana, y nos vienen a pedir cualquier cosa: “¿dónde está la farmacia?”. “El pañal de mi marido pierde, ¿me podría ayudar?”. “¿Podría venirme a ayudar, que tengo un problema en el patio?”.

* * *

Acompañando a los gendarmes, que trabajan y circulan por todo el territorio, el interior de Francia se revela socialmente diverso, entre zonas de la burguesía global, de miseria social, zonas “sensibles”, espacios rurales aislados, zonas residenciales de las clases medias... La dicotomía y también la graduación entre lo “urbano” y lo “rural”, retomadas por la estadística pública y numerosos trabajos de interés geográfico, no dejan vislumbrar esas diferencias sociales sobre las cuales se construyen representaciones y prácticas distintas, como en el caso de los gendarmes. Esas diferenciaciones sociales entre territorios recuerdan las “áreas naturales” estudiadas por la sociología de la Escuela de Chicago e interrogan sobre las dinámicas de segregación socioespacial que parecen dar forma al territorio también por fuera de la ciudad, y de las que participan los gendarmes, aceptando con gusto, resistiendo o buscando huir de ciertos territorios, modificando la presencia del Estado y el servicio próximo de seguridad.

En cada una de esas configuraciones, las prácticas de los gendarmes no son las mismas, porque sus posiciones sociales relativas, localmente, no son las mismas tampoco. Figuras respetadas en espacios rurales aislados, representantes de la dominación poscolonial, empleados públicos subalternos en los reductos de la burguesía global, “administración abierta los fines de semana” en zonas residenciales de las clases medias, institución de afiliación en zonas de “miseria social”. Según sus trayectorias sociales, étnico-raciales, de género, los gendarmes no experimentan tampoco de la misma manera esas posiciones divergentes.

Queda por preguntarse si, dentro de ese abanico, esas configuraciones son equivalentes dentro de la institución. ¿El gendarme en zonas rurales aisladas, referente local como representante del Estado, es la “esencia” de la profesión y de la institución? ¿Qué se busca decir con eso y qué peso tiene o sigue teniendo ese discurso? ¿Cuán central es la configuración poscolonial con registro bélico

de las zonas “sensibles”: es representativa del conjunto, como sostiene D. Fassin, o una excepción, como lo hace F. Jobard? En otras palabras, ¿cómo se articulan, a nivel más general, esas distintas “convivialidades”? Un cambio de escala es necesario para responder a esas preguntas, pero es la escala más pequeña, etnográfica, de nuestra investigación que las permite formular.

Bibliografía

Barczak, Aleksandra e Hilal, Mohamed (2017). Quelle évolution de la présence des services publics en France. En T. Courcelle, Y. Fijalkow y F. Taulelle, *Services publics et territoires*, pp. 31-66. París: PUR.

Blanchard, Emmanuel (2018). La colonialité des polices françaises. En J. Gauthier y F. Jobard, *Police: questions sensibles*, pp. 37-50. París: PUF.

Blum, Alain; De la Gorce, Gilles y Thélot, Claude (1985). Mobilité sociale et migration géographique. *Population*, (40), 397-434.

Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction*. París: Minuit.

Charmes, Eric (2009). On the residential “clubbisation” of French periurban municipalities. *Urban Studies*, 46(1), 189-212.

Coquard, Benoît (2019). *Ceux qui restent. Faire sa vie dans les campagnes en déclin*. París: La Découverte.

Direction Générale de la Gendarmerie Nationale [DGGN] (2012). *Bilan social*. Issy-les-Moulineaux: DGGN.

Eleonora Elguezabal

Elguezabal, Eleonora (2020). Métiers d'ordre, métiers virils ? Genre et capital culturel en brigade de gendarmerie, *Cahiers du genre*, (67), 165-184.

Elguezabal, Eleonora (2021). ¿Mi vecino está en alerta o es amigo de la policía? Una mirada sobre los mundos de la seguridad desde un municipio periurbano del interior de Francia. *Avá: revista de antropología*, (38), 189-208.

Elguezabal, Eleonora; Laferté, Gilles y Segura, Ramiro (en prensa). Más allá de la dicotomía entre el campo y la ciudad: la imaginación territorial de la sociología y la antropología argentinas en el siglo XXI. *Papeles de trabajo*.

Fassin, Didier (2016 [2011]). *La fuerza del orden*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frederic, Sabina (2020). *La gendarmería desde adentro*. Siglo XXI.

Geisser, Vincent (2017). Une armée et une police aux couleurs de la France du XXI^e siècle, est-ce possible?. *Migrations Société*, (168), 3-12.

Gilroy, Paul (2004). *After Empire. Melancholia or Convivial Cultures*. Londres/New Nueva York: Routledge.

Houte, Arnaud-Dominique (2011). Les mutations de gendarmes depuis le XIX^e siècle. *Travail et emploi*, (127), 29-39.

Hughes, Everett C. (1971). *The sociological eye*. Chicago: Aldine-Atherton.

Jobard, Fabien (2022). Police et racisme. *Pouvoirs*, (181), 85-96.

Laferté, Gilles (2014). Des études rurales à l'analyse des espaces sociaux localisés. *Sociologie*, 5(4), 423-439.

Mattely, Jean-Hugues (2006). *Une police judiciaire... militaire? La gendarmerie en question*. París: L'Harmattan.

Mecila (2017). Conviviality in unequal societies: perspectives from Latin America. *Mecila working paper*, N° 1.

Milliot, Vincent et al. (2020). *Histoire des polices en France*. París: Belin.

Mischi, Julian y Renahy, Nicolas (2008). Pour une sociologie politique des mondes ruraux. *Politix*, (83), 9-21.

Mouhanna, Christian (2011). Rural policing in France: the end of genuine community policing. En R. Mawby y R. Yarwood, *Rural Policing and Policing the Rural*, pp. 45-56. Farnham: Ashgate.

Mucchielli, Laurent (dir.) (2007). *Gendarmes et voleurs*. París: L'Harmattan.

Pudal, Romain (2011). *Retour de flammes. Les pompiers, des héros fatigués?*. París: La Découverte.

Radcliffe-Brown, Alfred Reginald (1940). On Joking Relationships. *Journal of the International African Institute*, 13(3),195-210.

Renahy, Nicolas y Sorignet, Pierre-Emmanuel (2020). Pour une sociologie du mépris de classe. *Sociétés contemporaines*, (119), 5-32.